

UNA NUEVA VERSION DE LA HISTORIA DEL ALMIRANTE

por MANUEL CARRERA DIAZ

1. LA HISTORIA DEL ALMIRANTE

A Hernando Colón, como es bien sabido, se atribuye la autoría, entre otras cosas, de un famoso libro que ha constituido uno de los puntales de la historiografía colombina: la *Historia del Almirante*, que teóricamente es una biografía de su padre, el gran descubridor, escrita por quien mejor pudo conocerle y quien más fácil acceso pudo tener a sus documentos. El libro se publicó en Venecia en 1571, bastantes años después, por tanto, de la muerte de don Hernando, acaecida en 1539. No fue él quien entregó el manuscrito al editor, sino su sobrino don Luis Colón, quien, apremiado por las deudas, se valió de aquellas páginas para salir de un apuro económico, cediéndolas a Baliano de Fornari, el primero de la cadena de personajes que contribuirían a hacer que aparecieran impresas.

La historiografía actual, como ha podido comprobar quien haya seguido este ciclo de conferencias, se plantea numerosos interrogantes al respecto: parece ya definitivamente claro que esas páginas no salieron, tal como las leemos, de la pluma de don Hernando, sino que sobre unos primeros materiales suyos alguien, sobre quien por el momento sólo se pueden hacer conjeturas, efectuó manipulaciones o reelaboraciones que condujeron al texto que conocemos. Lo prueban los numerosos errores, omisiones, reticencias e inoportunidades del texto, difícilmente explicables en el hijo que escribe una

biografía y en el hombre culto que afronta unos hechos que conoce. A decir verdad, da la impresión de que la génesis y publicación del libro responden a un puro intento de explotación comercial: aprovechando las relaciones que don Hernando había escrito sobre los cuatro viajes de su padre, alguien pensó que, anteponiéndoles una parte biográfica y modificando convenientemente lo ya escrito, podrían pasar nada menos que por la definitiva biografía de Cristóbal Colón, debida a la pluma del mejor historiador: su hijo Hernando. Todo ello en la mejor tradición, entonces como hoy, del best-seller editorial, propósito que queda evidenciado cuando se comprueba que la *historia* del Almirante no es su historia —toda su historia, queremos decir—, y que su hijo no quiere o no sabe ofrecer, por fin, y de una vez por todas, datos elementales y fundamentales que en cualquier caso hubiera debido conocer. Pero son, éstas, cuestiones polémicas en las que ahora no podemos entrar.

Lo que sí nos interesa es saber que la *Historia del Almirante* se publicó en italiano, y sólo en italiano. Y no deja de ser curioso que un texto fundamental para la gesta española del descubrimiento de América, teóricamente debido a un personaje tan ligado a Sevilla como es don Hernando, apareciera impreso en esa lengua. El manuscrito castellano, como hemos dicho, se lo entregó don Luis Colón al estudioso y filántropo genovés Baliano de Fornari, al parecer en pago de una deuda, y éste, con aquél en sus manos, acudió a Venecia con la intención de que se publicara simultáneamente en tres lenguas: italiano, castellano y latín.

Pero entre la intención y la realidad debieron de mediar diversas circunstancias, ligadas quizás a prosaicos pero sin duda atinados cálculos económicos, que desvirtuaron y alicortaron el plan inicial, el cual hubo de pasar de los vuelos cosmopolitas al realismo doméstico: no hubo edición castellana, no la hubo latina, y todo se quedó en la italiana. Probablemente, el editor pensó que, si se hacía la versión italiana, sobraba la latina, y que en España no iba a tener demasiado éxito una obra enteramente centrada en torno a la glorificación de un descubridor no nacional y en la que se trataba con mano dura las supuestas ambiciones y veleidades de paisanos nuestros como los Pinzón y otros. Y parece que el decurso histórico no desmintió su sagacidad comercial, puesto que habrían de pasar siglos hasta que apareciera, ya en España, la primera versión castella-

na. El mal hubiera podido quedar ahí, pero lo peor fue que el manuscrito original en español se perdió, y que todo lo que sabemos de él se debe a su versión italiana.

Si el manuscrito se había redactado en español y el libro apareció en italiano, evidentemente en medio tuvo que haber un traductor. Sabemos quien fue: Alfonso de Ulloa, un extremeño afincado en Italia y ya ducho en estos menesteres, que había llevado a cabo otros trabajos similares, y que, en nuestra opinión realizó éste con sabiduría y oficio: dio un texto en un estilo más que aceptable —y, desde luego, perfectamente asimilable a cualquier historiador italiano de la época— y se preocupó de hacer comprensibles a los lectores italianos los detalles del texto que le parecieron más oscuros para aquéllos, buscando equivalencias en los pesos y medidas e introduciendo breves interpolaciones —fácilmente identificables dentro del tejido del texto— a modo de sucintas notas explicativas. Pero, por desgracia para él, el hecho de que se desconociera el texto que había tomado como base para su traducción sirvió durante mucho tiempo para que se le achacasen buena parte de las dudas y perplejidades que se desprenden de su lectura: si algo no se entendía, era culpa de la «mala» traducción de Ulloa, y si algún error saltaba a la vista, era debido al descuido de ese eterno traidor que es el traductor. La desaparición del manuscrito original castellano era no sólo una pérdida textual irreparable, sino una permanente acusación para el inteligente extremeño.

La obra alcanzó pronto una gran difusión en Italia, como lo prueban las numerosas y sucesivas ediciones que se hicieron de ella. En España el texto de la *Historia del Almirante*, ya que no había versión castellana, debió de ser leído y conocido en italiano —aunque en círculos muy minoritarios— durante los siglos XVI, XVII y parte del XVIII. La primera traducción española de que se tiene noticia no apareció hasta 1749, y fue obra de A. González Barcia. Tradicionalmente se la ha considerado como una versión deficiente y llena de errores; pero, aunque sea de pasada, sí parece oportuno, al menos, defenderlo de una observación que se le hace con frecuencia: el del título con el que la obra de don Hernando ha pasado a la historiografía española: *Historia del Almirante*, como sabemos. El título con el que apareció versión italiana en traducción de Ulloa era el de *Historie del S.D. Fernando Colombo; nelle quali s'ha par-*

tiolare e vera relatione della vita e de' fatti dell'Ammiraglio D. Christoforo Colombo, suo padre. Pues bien, la palabra *Historie*, como es bien sabido, es un sustantivo femenino plural. Basándose en ello, en la introducción a una reciente edición de la obra se le achaca a González Barcia que su título de *Historia del Almirante D. Cristóbal Colón* «o el más abreviado de *Historia del Almirante* no se corresponde con la traducción literal italiana (*historie*: historias, relatos, narraciones): sin embargo, hizo fortuna y hoy se acepta sin más discusión»¹. No está mal que se acepte sin discusión, puesto que, en realidad, y contrariamente a las apariencias, no hay nada que discutir. Era costumbre de los escritores italianos, sobre todo en el siglo XVI, referirse a la historia con el vocablo en plural. Así lo hace, entre tantos, Maquiavelo, cuando escribe una historia de su ciudad y la titula *Istorie fiorentine*, que, a despecho de ese plural, en español debe traducirse, como en efecto se ha hecho, por *Historia de Florencia*. No tendría sentido decir *Historias florentinas* o *Historias de Florencia*, con ese vocablo en plural que a los hispanohablantes nos evocaría más bien una serie de menudencias, habladurías o cotilleos que no se corresponderían con el tono seriamente histórico de las obras. Bien hizo, pues, González Barcia al hablar de *Historia* y bien estuvo que ese término hiciera fortuna en la tradición española bajo tal forma.

En 1932 apareció en Madrid la traducción de Manuel Serrano y Sanz, que se ha convertido en algo así como la versión canónica de los americanistas actuales. Otra más apareció en Méjico en 1947, por obra de Ramón Iglesia, y de hace muy pocos años, de 1984, es la edición preparada por Luis Arranz, que se presenta, en intención de su autor, no como una traducción del original, sino como una versión mejorada y corregida de la de don Manuel Serrano que acaba de mencionar.

Y, en este panorama, se inserta esa nueva versión, de próxima publicación, que yo he preparado y que da título a las reflexiones que estoy exponiendo. Al traducir al español el texto de don Hernando escrito en palabras italianas de Alfonso de Ulloa, he tratado de guiarme por dos principios que me parecen básicos en la tarea del traductor: la legibilidad y la exactitud.

1. Hernando Colón, *Historia del Almirante*, Madrid, Historia 16, 1984, p. 29. Citaremos esta edición con las siglas VT.

2. LA LEGIBILIDAD

Por legibilidad entiendo la coherencia de lo escrito, la fluidez de su expresión y la lógica de su comprensión. Quiero decir, en otras palabras, que el traductor debe, primero, entender lo que lee —cosa evidente, que sin embargo no siempre se produce— y luego expresarlo en un sistema coherente, sin anacronismos y con un justificado grado de acercamiento o alejamiento con respecto al estilo original del autor traducido. Para ilustrar estas y otras afirmaciones aparentemente un tanto abstrusas recurriré a partir de ahora a ejemplos de contraste, no con ánimo de crítica, sino para poner de relieve las dificultades de una empresa de este tipo, tomando como referencia esa última edición de la obra publicada en 1984 y que es, como he dicho, una versión corregida por Luis Arranz de la traducción de Manuel Serrano. Con el fin de evitar largas citas nominales, la denominaré, un tanto arbitrariamente, «versión tradicional» (VT).

2.1. He aquí un primer ejemplo. Cuando los tres navíos de Colón se hallan en pleno océano, tienen ocasión de ver, como les sucede a la mayoría de los navegantes oceánicos, esos simpáticos pececillos, buen y fácil recurso en ocasiones para las exhaustas despensas marineras, que son los denominados «peces voladores», o, en vieja denominación aquí usada por don Hernando, «peces golondrinos». A don Hernando le llama la atención su capacidad de vuelo, que él describe, con frases que en la VT se traducen así: *Vuelan de cuando en cuando, tanto como una lanza sobre el agua, el tiro de un arcabuz, unas veces más y otras menos, y en ocasiones caen en los navíos*².

Tales frases, francamente, parecen resultar más comprensibles si se traducen así: «En ocasiones, elevándose sobre el nivel del agua la longitud de una lanza, vuelan durante el trayecto de un arcabuzazo, más o menos, y en ocasiones caen en los barcos».

2. VT, p. 105. «Volano tal volta quanto una lancia l'alto dall'acqua il tratto di uno archibugio, quando più, e quando meno, e tal volta cadono ne' navigli» (citamos por *Le «Historie» della vita e dei fatti di Cristoforo Colombo per D. Fernando Colombo suo figlio*, ed. de Rinaldo Caddeo, Milano, Alpes, 1930, 2 vols., 1, p. 151. Nos referiremos a esta edición con las siglas CA).

2.2. En uno de los primeros y prolijos capítulos de la obra, cuando se discuten las razones que llevaron a Colón a persuadirse de la conveniencia de afrontar su largo periplo, se dice que, por sus lecturas, llegó a convencerse de que la mayor parte de la esfera terrestre ya había sido navegada, y que lo único que quedaba por descubrir era precisamente el espacio existente entre las Azores y la extremidad oriental de las Indias. Esto, tan sencillo, se expresa en VT de esta manera tan farragosa: *Presupuso y reconoció por autores aprobados que ya se había navegado parte de esta esfera, y que para descubrirla y manifestarla toda, no quedaba más de aquél espacio que había al fin Oriente de la India, el cual conocieron Ptolomeo y Marino siguiendo la vía de Oriente, y volverían por nuestro Occidente a las islas Azores y de Cabo Verde, que eran entonces la tierra más occidental descubierta*³.

Véase, sin embargo, cómo sin forzar el texto el texto éste revela más claramente su sentido: «Supuso y corroboró mediante la autoridad de autores consagrados que gran parte de esta esfera ya había sido navegada, no quedando en aquél entonces por descubrir y explorar sino el espacio que mediaba entre el extremo oriental de la India, del que ya supieron Ptolomeo y Marino, hasta, siguiendo la vía de oriente en dirección a occidente, las islas Azores y de Cabo Verde, que eran las tierras más occidentales hasta entonces descubiertas».

2.3. A veces lo que conduce a lo ininteligible es algo tan mínimo como un punto. Así ocurre en el proemio de la obra, escrito por Giuseppe Moletto y dirigido a Baliano de Fornari. Tiene, como muchos proemios de esta época, unos propósitos descaradamente encomiásticos, repartiendo alabanzas a diestro y siniestro, y, sobre todo, como es lógico, a Cristóbal Colón. Y tan generoso es, que hasta se los otorga a don Luis, el sobrino de nuestro autor, cuya fama, desde luego, no fue la de un hombre digno de alabanzas. Pero un proemio es un proemio, y Moletto, su autor, se las tributa de la siguiente manera en la VT: *Del buen ánimo de dicho D. Luis*

3. VT, p. 62. «Secondariamente presuppose, e per autorità d'approvati autori conobbe, che gran parte di questa sfera era stata già navigata e che non rimaneva oggimai, per essere tutta scoperta, e manifesta, salvo quello spazio che v'era dal fine orientale dell'India, di cui Tolomeo e Marino ebbero cognizione, fin che, seguendo la via dell'Oriente, tornassero per lo nostro Occidente all'isole de gli Astori e di Capo Verde, che era la più occidentale terra che allora era scoperta» (CA, I, p. 41).

*no se puede decir tanto que lo sea más vuestra señoría, por lo que, como caballero de honor [...] vino de Génova a Venecia*⁴.

No sólo no se entienden, aunque las adivinamos, las supuestas alabanzas contenidas en estas frases, sino que incluso parece que se contraponen a D. Luis con respecto a esa «señoría» que es Baliano, y se induce a creer que quien viajó de Génova a Venecia fue don Luis, siendo así que el viaje lo hizo el otro. Lo que ha sucedido es que se ha ignorado un punto, que tenido en cuenta, hubiera dado el siguiente resultado en la traducción: «Y de la valía de don Luis nunca se podrá decir suficiente. Vuestra señoría, como caballero de honor [...] vino desde Génova a Venecia...».

2.4. En otras ocasiones, es la mala inteligencia de un término lo que lleva a una confusión global. En la *Historia del Almirante* se dedican algunos párrafos, en uno de los primeros capítulos, a exponer enfervorizadamente el supuesto rancio abolengo de Cristóbal Colón. El autor pierde los estribos sobre todo cuando hace referencia a quienes —como el obispo Giustiniani, su víctima preferida— sostenían que el descubridor era de humilde linaje y que había ejercido de joven un oficio manual. Don Hernando, o quien hace sus veces en el libro, sostiene que un artesano bastante tiene con aprender su oficio, sin además meterse a navegante, y que por tanto su padre, si fue lo segundo, no pudo ser lo primero. En la VT lo dice así: *La misma razón manifestaba que un hombre el cual en algún arte manual o ministerio hubiese sido ocupado, había de nacer y ocuparse en él para enseñarlo perfectamente*⁵.

Pero Don Hernando, en realidad, no habla de enseñanza, sino de aprendizaje, por lo que el texto debería quedar así: «El propio sentido común hacía ver que un hombre que se dedicase a algún arte manual u oficio tenía que nacer y morir en él para llegar a aprenderlo a la perfección».

Legibilidad, pues, lo que implica cierto grado de flexibilidad, posterior a la comprensión, que sin embargo no vaya en menoscabo de la exactitud.

4. VT, p. 42. «Del valore di questo D. Luigi, non se ne può dir tanto, che più non sia. V.S. adonque, come gentiluomo d'onore [...] venne da Genova a Venezia» (CA, I, p. 5).

5. VT, p. 51. «La ragione istessa manifestava che un uomo il quale in alcun'arte manuale o mistiere fosse occupato, aveva da nascere e invecchiarsi in quello, per impararlo perfettamente» (CA, I, p. 17).

3. LA EXACTITUD

Y de exactitud, como decía al principio, tenemos también que tratar. De poco vale un texto inteligible pero falso, claro pero mentiroso. El grado máximo de exactitud se consigue cuando la traducción consigue trasvasar al espíritu del lector toda la verdad y nada más que la verdad del texto original, tarea nada fácil, porque las trampas que tiende la letra son muchas y frecuentes.

3.1. La exactitud, o la fidelidad, si queremos llamarla de otra manera, no implica necesariamente la esclavitud con respecto a la letra del texto. Por el contrario, una excesiva literalidad lo traiciona. Veamos algunos ejemplos al respecto.

3.1.1. En el proemio a que antes me refería de la VT se lee que don Hernando *dejó a la Iglesia mayor de Sevilla [...] una librería*⁶. «Iglesia mayor» era, ciertamente, un término usado en la época, y empleado aún hoy día para diferenciar la principal de entre otras varias iglesias. Pero en este caso no hubiera constituido un anacronismo, y sí un beneficio para la inteligibilidad del texto, decir, sencillamente, que «dejó a la Catedral de Sevilla [...] una biblioteca».

3.1.2. Comenzando ya la descripción de la gran gesta colombina, se lee en la VT que Colón *salió de Granada para Palos, que es el puerto donde tenía que hacer su armada, por estar aquella tierra obligada a servir a Sus Altezas tres meses con dos carabelas*⁷. ¿Qué tierra? ¿La de Palos? Pero Palos no es exactamente una tierra. Sí es, sin embargo, una *plaza*, que es lo que en este caso significa ese término italiano.

3.1.3. La excesiva literalidad puede llevar también al anacronismo, no exento a veces de ribetes de comicidad. Así, en una refriega con un grupo de indios, los españoles se parapetan y emplazan las piezas de artillería, con la cual, según la VT, *se defendían, porque los indios no se atrevían a salir del bosque, por el daño que recibían de las pelotas*⁸. Parece más conveniente, en mi opinión, sustituir este último vocablo por el de *proyectiles*.

6. VT, p. 42. «Lasciò alla Chiesa maggiore di Siviglia [...] una [...] libreria» (CA, I, p. 5).

7. VT, p. 95. «Partì da Granata per Palos, che è il porto dove egli aveva a far la sua armata, per esser quella terra obligata a servir le loro Altezze tre mesi con due caravelle» (CA, I, p. 122).

8. VT, p. 324. «Si difendevano, non avendo gl'Indiani ardire di uscir fuor del bosco, per lo danno assai grande che faceano loro le palle» (CA, II, p. 250).

3.1.4. A veces, ciertamente, el texto original no da muchas facilidades. Se relata en la narración atribuida a don Hernando que cuando los marineros llegan al mar de los Sargazos se atemorizan ante la posibilidad de que los barcos queden aprisionados entre ellos, como le había ocurrido a «San Amorò» entre los hielos. Pero es inútil buscar a este navegante en el santoral, puesto que no está incluido en él. Sí lo está, sin embargo, San Amaro, un santo que pasó la mayor parte de su vida en España y al que la imaginación popular convirtió en protagonista de una curiosa navegación entre hielos que se presenta ante el investigador de tradiciones populares como una versión hispánica de la *Navigatio Sancti Brandani*⁹.

3.2. Pero, desde luego, peor que la excesiva fidelidad es el defecto contrario, y sobre todo en libros como éste, sometidos al microscópico análisis de los historiadores. Veamos, pues, algunos casos de «infidelidad»:

3.2.1. En el primer viaje de Colón, después de varias semanas de navegación sin ver tierra, parte de la marinería se ha impacientado hasta tal punto que llega a pensar en la posibilidad de arrojarlo por la borda y luego contar que se había caído él mientras hacía una observación de los astros. Era, desde luego, un complot, y comportaba una exigencia de secreto. Por eso extraña leer en la VT que los marineros creían que *podían resueltamente echarlo al mar*¹⁰. En el texto original, por el contrario, no se muestran tan resolutivos, puesto que lo que se dice es que «se le podría arrojar al mar *discretamente*»¹¹.

3.2.2. Don Hernando le tiene auténtica ojeriza a Martín Alonso Pinzón, y sostiene que cuando éste se separó con su barco del Almirante lo hizo para buscar oro. Refiriéndose a Río de Gracia, se lee en la VT que *allí había estado Martín Alonso diez y seis días, y hallado mucho oro, lo que no pudo haber el Almirante en la Navidad, dando por ello cosas de poco valor*¹². No es eso lo que dice

9. Véase Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana en la «Divina Comedia»*, Madrid, Hiperión, 1984, p. 331, e Ilaria Luzzana Caraci, *Colombo vero e falso*, Genova, Sagep Editrice, 1989, p. 241.

10. VT, p. 103.

11. «Potrebbero accertamente gittarlo in mare» (CA, I, p. 147).

12. VT, p. 137. «Quivi Martino Alfonso era stato XVI dì, e vi avevano avuto assai oro nel modo che l'Ammiraglio ne aveva avuto al Natale, dando per ciò cose di poca valuta» (CA, I, p. 213).

el original: «Allí había permanecido Martín Alonso dieciséis días, consiguiendo mucho oro por el mismo procedimiento con que el Almirante lo había conseguido en Navidad, es decir, cambiándolo por cosas de poco valor». El Almirante, pues, también sabía hacerse con el preciado metal.

3.2.3. Se habla en la VT de *bandadas de pajarillos que venían hacia el Norte y volaban a la derecha de los anteriores*¹³. El detalle no tiene mucha importancia, pero, a decir, verdad, los tales pajarillos venían *del Norte* y volaban *en la misma dirección* que los otros, según el texto.

3.2.4. Cuando regresa del primer viaje, Colón, en medio de una enorme tempestad, avista la isla de Santa María, en las Azores. Unos lugareños se le acercan y le traen saludos del capitán de la isla, que según la VT *estaba lejos de la población*¹⁴. Pero según el original, lo que se lee es que el tal capitán «vivía lejos, en el poblado», lo que es lógico si se piensa que Colón había atracado en una escarpada y despoblada zona costera.

3.2.5. Algunos errores resultan difíciles de evitar si el traductor no tiene conocimientos específicos de la materia que traduce. Es el caso, por ejemplo, de la náutica. Hay ocasiones en que la VT da rumbos equivocados o, sencillamente, inexistentes. Leemos, por ejemplo, que los navegantes *vieron muchas hiladas de hierba que iban de Oesnoroeste al Esoeste*¹⁵. El «esoeste» es un rumbo que no existe en la rosa náutica; se trata, en este caso, del lessueste (ESE). Y lo mismo ocurre, por ejemplo, cuando se habla de *las peñas que hay desde la Punta Santa al Este Sudoeste*¹⁶, rumbo inexistente y que debe traducirse también como «lessueste».

3.2.6. Otros errores son, sencillamente, descuidos en los que fácilmente puede caerse. Eso es lo que explica que en la VT se hable de la *ciudad de Catay*¹⁷ en lugar de la «provincia» de Catay; que se diga que un determinado territorio tiene *pocas peñas*¹⁸ cuando en

13. VT, p. 108. «Compagnie di ucellini, che venivano dalla parte di Tramontana e volavano dietro a' primi». (CA, I, p. 157).

14. VT, p. 144. «Il qual si ritrovava lontano nella popolazione» (CA, I, p. 227).

15. VT, p. 105. «Videro molta erba in filo verso Oesnorveste all'Esueste» (CA, I, p. 151).

16. VT, p. 131. «Le basse che giacciono da detta punta Santa al Leste Soeste» (CA, I, p. 202).

17. VT, p. 69. «Provincia del Cataio» (CA, I, p. 61).

18. VT, p. 126. «Ha più rocche» (CA, I, 194).

el original se dice que «tiene más peñas»; que se señale que hay mucho oro *más abajo de allí*¹⁹, cuando debiera decir «más arriba»; o que se hable de *cuatro casas redondas*²⁰ cuando don Hernando se refiere a cinco casas juntas.

En la VT se habla de *una gran ensenada o puerto capaz para todos los navíos de los cristianos*, y uno cree que se refiere a los cristianos que en ese momento se encontraban allí, cuando en el original se piensa en «todos los barcos de la cristiandad». Se sacan a colación *algunas hojillas de oro que llevaban pendientes en la parte exterior de la nariz* los nativos, y uno se pregunta cuál es la parte exterior de la nariz, hasta que se comprueba que el original dice que las tales laminillas las llevaban colgando entre los agujeros de la nariz. Y se trastruecan incluso las costumbres: Colón acude a visitar al rey de Portugal y, según la VT, *después de estar allí el domingo y el lunes, después de comer en aquel lugar, el Almirante se despidió del Rey*²¹, mientras, según el original, sus actividades fueron diferentes, puesto que, «tras haer permanecido el domingo y el lunes hasta después de misa en aquél lugar, el Almirante se despidió del rey».

3.2.7. La infidelidad, naturalmente, puede cometerse también por omisión, en la que no es difícil caer por causas a veces simplemente mecánicas. Antes de que Colón se lanzase a su viaje, unos marineros le contaron en las Azores que habían encontrado en la playa *dos hombres muertos, cuya cara y traza eran diferentes de los de sus costas*²², mientras que el original nos informa, además, de que tales cadáveres tenían «el rostro muy ancho». Se mencionan también *las islas movibles de que habla Plinio*²³, pero no se recoge una frase del original en donde se señala que son aquéllas «a las que los marineros llamaban aguadas». Y se habla de una conversación ocurrida en *Santa María*²⁴, nombre común a tantos lugares,

19. VT, p. 128. «Più in su» (CA, I, p. 196).

20. VT, p. 121. «Cinque case ridotte insieme» (CA, I, p. 184).

21. VT, p. 151. «Dopo essere stato la Domenica e il Lunedì fin dopo messa in quel luogo, l'Ammiraglio tolse commiato dal Re» (CA, I, p. 238).

22. VT, p. 72. «Duo corpi d'uomini morti, di faccia molto larga e di aspetto diverso da' Cristiani» (CA, I, p. 67).

23. VT, p. 73. «Che van sopra l'acqua, dette da' marinai aguade» (CA, I, p. 68).

24. VT, p. 75. «Nel porto di Santa Maria» (CA, I, p. 74).

cuando en realidad don Hernando especifica bien claramente que se trataba de «el Puerto de Santa María», denominación que nos hace mucho más concreto al lugar.

4. LAS OTRAS DECISIONES

Estos son algunos de los peligros en los que el traductor puede incurrir al enfrentarse a un texto de estas características. Pero la legibilidad y la exactitud no lo son todo. El traductor debe tomar también decisiones de otro tipo que afectarán de manera notable al texto final. Por ejemplo, ¿qué estilo utilizar? ¿Un calco del del autor o uno más acorde con sus propios gustos y más adecuado para sus supuestos lectores? ¿O bien un término intermedio?

Deberá también, en este caso concreto y otros semejantes, plantearse el problema de las adaptaciones. ¿Qué hacer, por ejemplo, con las unidades de peso y medida? ¿Convertirlas al sistema usual o dejarlas como están?

Y habrá, además, de enfrentarse a problemas muy concretos, como el de la correcta transcripción de nombres propios, en nuestro caso muy abundantes y frecuentemente desconocidos, como es el caso de los de las deidades indígenas.

Por mi parte, he tratado de elaborar un texto que respetase esas condiciones a que me he referido. He elegido un estilo relativamente suelto y actual, puesto que hubiera sido utópico e improcedente intentar una «reconstrucción» del original, aunque intentando no caer en anacronismos. Y lo he acompañado todo con un abundante aparato de notas explicativas. El espíritu del trabajo, desde luego, no ha sido el de intentar «superar» las anteriores traducciones, con sus méritos y fallos como los infaliblemente presentes en toda labor de este tipo; es, simplemente, un nuevo intento de acercamiento al espíritu y a la letra de ese texto fundamental que es la *Historia del Almirante*.